



www.loqueleo.com

© 2014, Carlos Arcos Cabrera

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-304-9

Derechos de autor: 044690

Depósito legal: 005183

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2014

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Enero 2017

Sexta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustración de portada: Roger Ycaza

Actividades: Yanette Lantigua

Corrección de estilo: Angélica Peñafiel

Diagramación: Pamela Godoy

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Para guardarlo en secreto

Carlos Arcos Cabrera



loqueleo



A Marcial Lafuente Estefanía, inolvidable.

*A Francisco y Paulina, y a todos
los que compartieron el inicio de esta historia.*

A Osvaldo.

A Fernando y Claudia, alucinantes y alucinados.



Torpes y pretenciosos, hemos dejado pasar milenios sin responder a las llamadas, sin preguntarnos de dónde venían, quiénes estaban del otro lado de la línea que una cola trémula se hartó de mostrarnos en cualquier casa del mundo. ¿De qué me sirve y nos sirve mi descubrimiento? Todo gato es un teléfono pero todo hombre es un pobre hombre.

JULIO CORTÁZAR,
«Cómo se pasa al lado» en *Un tal Lucas*

Índice



Nota del traductor	13
Primera parte	19
Segunda parte	43
Tercera parte	61
Cuarta parte	81
Quinta parte	129
Sexta parte	167
Nota del autor	189
Amanulá	192
Ayesha (†)	193
Wan	194
Lucya	195
Pedrito	196
Madre de Tommy	197
Arnulfo	198
Nota final del autor	199
Cuaderno de análisis	201

Nota del traductor



La historia de este libro inicia en junio de 1954 en Buenos Aires, República Argentina. Mi padre, cuyo nombre mantendré en reserva al igual que el mío, fue un destacado científico argentino descendiente de inmigrantes alemanes. Trabajaba en la Escuela Neurobiológica Argentino-Germana, dependiente de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires. De su seriedad académica y de sus notables aportes científicos nadie dudó hasta el fatídico invierno del 54, en que cometió la imprudencia de comunicar oficialmente a sus colegas que luego de prolijas investigaciones había descubierto que los gatos, los gatos comunes, eran teléfonos.

13

La vida de mi padre y de nuestra familia, rodeada de respeto y admiración, de la noche a la mañana se transformó en el centro de las burlas más despiadadas. No pasó mucho tiempo antes de que la facultad le comunicara oficialmente que prescindiría de sus servicios. La deshonra nos marcó.

Declarado demente por iniciativa de mi madre y de sus excolegas, fue internado en el Hospital Psiquiátrico Braulio Aurelio Moyano, antaño conocido como Hospital Nacional Neuropsiquiátrico de Hombres. Allí lo sometieron a electroshocks y a una sistemática intoxicación con barbitúricos que destruyeron su mente y su

cuerpo. Papá desapareció de mi vida y de la de mi hermana hasta que un día cualquiera nos informaron que había fallecido.

14 *Terminé el bachillerato en Argentina, viajé a un país europeo para seguir la universidad y me quedé a vivir allí. En un viaje a Buenos Aires encontré un cuaderno de tapas de cuero confundido entre libros arrumados en un desván de la casa. Contenía las notas de papá. Por azar se había salvado de la apasionada tarea de destrucción de su memoria que emprendió mi madre. Guardé el hallazgo en secreto. En ese mismo viaje, el azar quiso que en una librería de viejos un libro llamara mi atención: Un tal Lucas, de Julio Cortázar. El título me pareció una tomadura de pelo, una ironía asociada a un nombre. No lo sé. Me embargó una sensación de incomodidad que paradójicamente me llevó a comprar el libro. Días después regresé a mi universidad en Europa con la firme promesa de no volver más a la Argentina.*

Una tarde de mayo, con la alegría de la primavera, abrí el cuaderno de mi padre. ¡Vaya sorpresa! Contenía las minuciosas notas de sus investigaciones sobre la capacidad de los gatos para comunicarse y cuyos resultados fueron malentendidos, con las trágicas consecuencias ya señaladas. En sus notas científicas utilizó la palabra teléfono para sintetizar la capacidad en extremo desarrollada por esos felinos para comunicarse con los humanos; por cierto, no la comunicación usual para pedir comida o para llamar la atención a fin de que se les abra una puerta, sino la que se requiere para establecer un diálogo con todo lo que ello implica en términos de conocimiento mutuo.

Una madrugada, acosado por el insomnio, busqué algo para leer y nuevamente el azar me condujo al libro de Cortázar. Eran cuentos ligeros con algo de humor y de ironía que me alejaron de mis preocupaciones hasta que llegué al cuento titulado «Cómo

se pasa al lado». No puedo describir el estupor y la terrible de-sazón que me causó su lectura. El momento más trágico de la vida de mi padre estaba narrado allí. Supuse que en el deambular por los cafés y boliches de Buenos Aires antes de ser internado en el hospital psiquiátrico, buscando quien lo escuchara, alguna tarde o noche mi padre se encontró con Cortázar o con alguien muy cercano al escritor y le contó sobre su descubrimiento y la dura e implacable respuesta de sus colegas. Imaginé que el escritor tomó nota de la historia o bien fue informado por su amigo o amiga, quién sabe, y mucho tiempo después lo convirtió en aquel cuento triste, jocoso, hiriente en la aparente ingenuidad de los hechos narrados.

Pasé unos días en la duda de si debía destruir el cuaderno de notas; dejarlo en el olvido, aunque implicara una amenazante presencia igual que un arma que en cualquier momento y sin mediar voluntad alguna se podía disparar; o, por último, buscar una forma de difundir sus hallazgos evitando el riesgo que podría significar para mí. Opté por lo último. Tal vez pesó en mi decisión un temerario sentido de justicia hacia mi desventurado padre, aunque ese acto no le devolvería la vida ni el buen nombre a nuestra familia. En cuanto al libro de Cortázar, me deshice obsequiándolo como regalo de cumpleaños a una amiga que tenía una extraña e inexplicable fascinación por la literatura latinoamericana.

Se acercaba la primavera del 2010 y Celia, mi hermana, me invitó a Nueva York, donde residía. Ella formaba parte del selecto grupo de músicos de la filarmónica de esa ciudad. Tocaba el cello. Al igual que yo, permanecía soltera. Vivía en un agradable departamento en la 78, muy cerca de Central Park. Mientras ella iba a los ensayos, yo salía a caminar al parque. Una de esas mañanas, mientras miraba dos estorninos que se disputaban un

insecto, escuché que alguien preguntaba: «¿Te gustan los pájaros?». Miré a mi alrededor mas nadie se encontraba cerca. Supuse que el viento había traído hasta mí el fragmento de un diálogo lejano. Continué observando la escena, cuando me sorprendió escuchar: «Los estorninos son una peste». Nuevamente observé en torno sin encontrar persona alguna. Me preocupé. Alguien intentaba burlarse de mí. Preferí marcharme.

Al día siguiente volví al mismo lugar. Sobre la gruesa rama de un cerezo negro dormitaba un gato adulto, robusto, fuerte y con manchas oscuras, que rememoraban lejanamente el pelaje de los tigres de Sumatra. El animal levantó la cabeza. Había detectado mi presencia. Pude imaginar sus músculos tensos para escapar en caso de sentirse amenazado. Fue entonces que cruzamos nuestras miradas y sucedió lo inimaginable: me miraba a mí mismo a través de sus ojos, al igual que en una cámara de video de las que instalan en las tiendas; a la vez que podía ver su vida, como un juego de imágenes perfectamente organizadas, que extraía de su memoria. Me descubrí con la espalda encorvada. No solo eso, sino que escuché sus reflexiones sobre lo que él miraba, es decir, sobre mí, expresadas mediante un lenguaje extraño y comprensible, sinuoso y transparente, franco y en determinados momentos tan hiriente que solo el ejercicio de mi voluntad de científico me mantuvo allí. Recordé un breve fragmento del cuento de Cortázar sobre el lenguaje de aquellos animales, que había descubierto mi padre: «Verbos sedosos, afelpados adjetivos, oraciones simples y compuestas, pero siempre jabonosas y glicerizadas». Aquellos sonidos, que eran voces interiores, se convirtieron en mi garganta, en mi boca, en mis labios, en voces nunca antes pronunciadas, lo que me convertía en un involuntario ventrílocuo.

Soy un veterano hombre de ciencia, un etólogo, y no me dejo impresionar fácilmente, así que después de apartar las sombras de la desafortunada vida de mi padre, me dediqué a observarlo. Los días siguientes volví al parque y se produjo lo impensable: él me contó su vida en su propio lenguaje. Una de las ventajas de la comunicación entre un humano y un gato es su velocidad, que sin duda se debe medir en gigahercios. Millones de imágenes surgían de lo más profundo de su mente, que en un curioso e inexplicable proceso se organizaban en algo que podría llamar celdas de memoria y que constituían los capítulos de su vida.

El día anterior a mi partida caminé hasta el lugar de nuestros encuentros para corroborar algunos datos y agradecerle por haberme probado hasta la saciedad que mi padre no estaba loco y que sus teorías eran acertadas. Lamentablemente, no lo encontré, no pude despedirme ni agradecerle. Regresé a mi universidad y en el mayor de los secretos me dediqué a transcribir y traducir largas horas de conversación. Así empezó mi tarea de traductor ya no entre dos lenguas habladas por humanos, sino entre especies. He respetado en lo posible el ritmo de las frases, la cadencia de su relato, los rasgos fonéticos. Las notas de mi padre fueron de ayuda invaluable, especialmente en lo que tenía que ver con los códigos del lenguaje felino descubiertos por él. Traté de ser lo más estricto, pero lo cierto es que aspectos importantes del diálogo interespecífico se perdieron irremediablemente. Cuando el compuscrito estuvo listo me enfrenté al dilema de su publicación.

Soy plenamente consciente de que lo que me ha sucedido es algo único en la historia de la ciencia, pero no puedo ni quiero poner en riesgo mi reputación como investigador de una de las más importantes universidades europeas y correr el riesgo de ser

objeto de escarnio. Luego de mucha vacilación, decidí que debía publicar el libro. Pero no lo haría con mi nombre. Por ello acudí a un escritor que estaba de visita en mi universidad y le entregué el texto a fin de que fuera él quien asumiera todo el riesgo de lo que puede, torpe e injustamente, considerarse una historia descabellada. No me costó convencerlo. Aquel escritor hizo un voto de silencio profesional para evitar cualquier mención del nombre de mi padre y del mío. La calidad literaria de la narración es de su exclusiva responsabilidad. Yo solo puedo dar fe de la veracidad de los hechos científicos asociados al diálogo interespecífico.

Para proteger mi anonimato, destruí el cuaderno de mi padre. Quien no ha vivido las agresiones crueles del mundo científico podrá acusarme de cobarde. No lo soy.

En términos estrictos, la historia que he traducido es la de un felis silvestris catus, el nombre que Daniel von Schreber dio a la especie en 1775. Aunque a mi juicio se trata de una especie nueva que ha aprendido a vivir en libertad en las ciudades, el nuevo mundo salvaje: se trata de un gato urbano salvaje que difiere de los gatos domésticos.

Yo sé que muchos de ustedes están firmemente convencidos de que es una estupidez tan solo imaginar que un gato pueda comunicarse con los humanos, como en su tiempo lo hicieron los detractores de mi padre. «¡Es un cuento para niños!», afirmarán y abandonarán el libro. Ya saben la verdad y así es mejor. Los que quieran continuar, que sigan; los otros, ¡adiós!

Primera parte

1



Aquel verano mi vida dio un giro insospechado. Había decidido explorar el norte y marchaba sin apuro: durante el día me resguardaba del calor bajo la fresca sombra de algún árbol y al atardecer, cuando el sol se tornaba una gigantesca esfera roja, reiniciaba mi camino. Mi exploración me llevó a un parque llamado San Nicolás y me instalé cerca del lugar reservado para los niños. Es un sitio en el que invariablemente se encuentra comida, aunque es preciso mantenerse a distancia de los pequeños humanos y sus padres, todos ellos impredecibles por exceso de amor o de odio.

Debió de ser un fin de semana ya que el lugar estaba abarrotado. Entre los niños que jugaban, uno llamó inmediatamente mi atención. Con el pelo negro azabache, lacio, grueso, la piel cobriza y la frente bañada en sudor, destacaba entre las cabezas rubias, rojizas, los rostros pálidos o la cabellera negra y ensortijada de otros niños. Saltaba de un juego a otro más rápido que las molestosas ardillas y su boca se contraía en un mohín de impaciencia cuando un niño o una niña demoraban en los juegos. Durante el tiempo que lo observé, que fue más bien breve, dio por lo menos tres vueltas a todos los juegos y quedé con la sensación de que después

de que los usaba, los colores brillantes se hacían opacos y las piezas engrasadas y silenciosas comenzaban a chirriar. «Tiene el don del envejecimiento», pensé.

Una voz de mujer interrumpió mis cavilaciones, bordeaba los treinta años, tenía el rostro marchito y el pelo pintado de un rubio opaco, que la avejentaba aún más.

—¡Tommy, ven! —gritó en español. Nadie acudió a su llamado—. ¡Tommy! —gritó más fuerte y se levantó con la cartera colgando del brazo, lista para marcharse. La mujer miró impaciente el grupo de niños, esperó unos segundos y fue directamente donde se encontraba el niño que había llamado mi atención, lo tomó del brazo con fuerza y le dijo:

20

—¿Estás sordo? ¿No me oyes? ¡Debemos irnos! —Era Tommy. La miró con cólera. Por un instante pensé que se opondría a las órdenes de la mujer.

—¡Quedémonos un rato más, mamá, por favor! —respondió el muchacho con una voz suave que no correspondía con la intensa energía que desplegaba en el juego y menos aún con la rabia que observé en sus ojos.

—Ahora no, otro día —dijo la madre levantando la voz, impaciente mientras miraba el reloj—. ¡Vamos! —insistió y lo haló del brazo mientras miraba a los lados intuyendo que habían llamado la atención de los otros padres.

—Siempre dices lo mismo y nunca nos quedamos —respondió el muchacho. Las palabras de Tommy lograron paralizarla por unos instantes. La mujer contrajo la boca en una mueca de disgusto, soltó el brazo del chico y, sin esperar respuesta, se dirigió a la puerta que separaba el lugar de juego de los niños del resto del parque. Tommy giró sobre sus pies y con la cabeza gacha siguió a su madre.

Al cruzar la puerta, Tommy levantó la vista y nuestras miradas se cruzaron. No hay palabras para describir lo que aconteció. Miré su mente y, al hacerlo, el mundo que él veía se desplegó ante mí con sus colores, formas y sonidos. No es que no supiera discernir las conductas humanas, evidentes por demás. Fue algo radicalmente distinto: vi sus pensamientos y sentí sus más intensos deseos como si un rayo de sol iluminara lo más recóndito de su ser transformándolo en una esfera de cristal, haciendo visibles las descargas de energía que iban de un lado a otro de su cerebro igual que rayos durante una tormenta; lo repito, vi el mundo a través de sus ojos o, para ser preciso, la imagen que él tenía del mundo que lo rodeaba.

21

No sé si él captó lo que había sucedido pues dejó de mirarme y sin detenerse siguió a su madre, que a grandes zancadas avanzaba por el camino de tierra que va junto a la avenida. Decidí seguirlos. Llegaron hasta la calle 138 y cruzaron la vía. Allí la avenida es ancha, sin ningún resguardo y los autos circulan a gran velocidad. Alucinado como estaba por lo que había experimentado, me decidí a cruzarla. Temí perderlos. Me jugaba la vida, lo sabía. Confía en que el conductor que me tocara en suerte tuviese un corazón compasivo. Escuché el chirrido de unos frenos pero no me detuve. Corrí aún más rápido hasta alcanzar la acera. Tommy y su madre regresaron a mirar. El tráfico se reanudó y ellos se internaron en la calle 138. Impaciente, la mujer miró el reloj. En el edificio 203 descendieron por las gradas hacia el subsuelo, ingresaron al departamento y encendieron las luces. Entre tanto busqué un lugar en donde esconderme.

Una hora después la mujer salió y se perdió en dirección opuesta al parque. Salí de mi escondite y me dirigí hacia la ventana. Tommy, en pijama, jugaba con una consola de video: un hombre que portaba un arma se movía entre paredes que formaban un laberinto. Apenas aparecía otro hombre, disparaba el arma y, si acertaba, el enemigo caía muerto, bañado en sangre. «¡Vaya forma de divertirse!», me dije. Tommy mató tantos hombres, que perdí la cuenta y estoy seguro de que él también. Sospecho que no había nadie más a quien matar pues el juego se detuvo. Tommy aprovechó para llenar un bol con *corn flakes*.

Obsesionado por lo sucedido en el parque, yo únicamente deseaba constatar que no fue una vana ilusión aquello que había descubierto en el instante en que nuestras miradas se cruzaron. Pero él estaba atrapado en el juego y no se percató de mi presencia. Cansado de esperar fui en busca de comida antes de volver a la ventana, en espera de que Tommy me mirara. No lo hizo. Limpié mi pelaje con lengüetadas largas y, cuando terminé, me escondí en mi improvisado albergue. En la madrugada escuché los goznes de la puerta que daba a la calle: era la madre de Tommy que regresaba de su trabajo.

La mañana se presentó tranquila y hacia el mediodía recorrí los alrededores del departamento de Tommy. Regresé al atardecer, a la misma hora en que la madre se marchaba. Tiempo después me enteré de que era enfermera de la sección de emergencia del Hospital de Harlem, en el turno de la noche.

—No te quedes jugando hasta muy tarde y procura leer algo —le pidió ella antes de marcharse. Tommy le respondió con un adiós que me sonó triste, o así lo imaginé.

Subí al antepecho de la ventana, Tommy manipulaba la consola de video. Esta vez, dos luchadores provistos de espadas, hachas y garrotes llenos de clavos se enfrentaban. Daban saltos increíbles. De pronto, un mazazo convertía a uno de ellos en una masa informe, o un certero hachazo cercenaba la cabeza del otro combatiente, la cual rodaba por el piso, en medio de un reguero de sangre.

Por largo rato aguardé sentado en el alféizar a que nuestras miradas se encontraran, pero la espera fue infructuosa. El juego ocupaba su mente y frente a ese poder nada podía hacer. El tiempo pasaba entre combate y combate, entre hombres que caían y mensajes que obligaban a Tommy a reiniciar el juego y afinar las destrezas para deshacerse de sus adversarios. Yo reiteradamente me preguntaba si necesariamente nuestras miradas debían cruzarse para establecer aquel flujo de imágenes que por un instante hubo entre los dos, o si podía hacerlo tan solo concentrándome hasta penetrar en su mente. Lo intenté sin ningún resultado durante las largas partidas que él jugaba y en las que nada más existía, nada, tal vez el hambre, pues no dejaba de tener algo a mano para llevarse a la boca. ¿Qué poder tenía la pantalla, sus personajes sanguinarios, sus historias, dramas, encrucijadas y tesoros que capturaban su interés de esa manera?

Tommy estaba atrapado en los videojuegos y yo en el imperioso deseo de mirar su mente y, a través de sus ojos, el mundo de los humanos. Así fue que decidí posponer por unos días mi exploración hacia el norte. Intuía que en algún momento podría constatar que lo sucedido en el parque era realidad y no el resultado de mi imaginación o del deseo de



aproximarme a los humanos en condiciones distintas a las que estábamos acostumbrados, ellos y nosotros. Mi exploración hacia el norte podía esperar. Estaba convencido de que descubrir lo que ocultaba tras su mirada me tomaría un par de días; me equivoqué de cabo a rabo y la trampa de mi propio deseo me atrapó.

24 El otoño llegó: nuestras miradas no volvieron a encontrarse y me convencí de que todo había sido un equívoco; en el mejor de los casos, una alucinación. Reiniciar la exploración hacia el norte era un suicidio pues no sobreviviría al frío, tampoco podía desandar el camino recorrido durante el verano y regresar a mis territorios habituales. Decidí quedarme, en realidad me vi forzado a quedarme.

Tommy comenzó la escuela y las costumbres de la casa cambiaron. Su madre llegaba a las seis de la mañana, luego de cumplir su turno en el hospital. Lo despertaba y, mientras él se vestía, ella preparaba el desayuno. Lonchera en mano, con la mochila en la espalda y aún somnoliento, Tommy salía de casa.

A pesar de mi rechazo a las escuelas, decidí seguirlo. En aquellos lugares te puedes llevar la peor de las sorpresas. Apenas llegué, me subí a un roble que crecía del pantano cerca de la entrada para protegerme de los más pequeños y sus congéneres maltones. Sonó la sirena de inicio de clases: los patios quedaron vacíos y silenciosos. Comencé a explorar en busca del aula de Tommy. No me costó encontrarla pues daba hacia un jardín muy maltratado por los niños. Sentado en el centro de la clase, jugaba con el lápiz, sin prestar atención a lo que decía la maestra. Lo miré como tantas veces lo había hecho desde la ventana de su casa sin lograr captar su atención: algo automático, reiterativo, un gesto al que te acostumbras y lo haces mecánicamente, como rasarse la oreja. Entonces mi mente se encontró con la de él, tal como había acontecido en el parque, fue un foganazo, un relámpago nacido de lo más recóndito de nuestro ser, de los más entreverados pliegues de nuestras mentes y había sucedido sin que nuestras miradas se cruzaran.

25

Sus pensamientos me llegaban como si se formasen muy lejos y se acercaran con un sonido ronco igual que un trueno en un cielo inalcanzable a la vista. Iban acompañados